

## TRIUNFO ARCINIEGAS \*

# LEON

Para Mauricio Peñaranda Castillo

*Alvaro fue el primero que atendió el consejo de abandonar a Macondo.*  
Gabriel García Márquez, CIEN AÑOS DE SOLEDAD

Todos se rieron cuando dijo, sonriendo desde su torpe corazón de elefante hipocondríaco: “Nos vemos, muchachos: me voy a suicidar”. Y seguimos la cerveza en el bar de Osiris. Alguien anotó otro título en su libreta: tenía novecientos cuentos por escribir. “Novecientos catorce”, corrigió. Otro encontró el epígrafe de su libro de poemas. Hablábamos entonces de las tristes almorranas del Arzobispo de Constantinopla y recordábamos una fotografía del Virrey en calzoncillos. Pensé con alegría en Marilyn Monroe y una muchacha de labios pintados me sonrió desde otra mesa, acariciaba insinuante y fálica el pitillo con sus feroces uñas rojas de gatita en reposo. “¿Por qué tienes esas piernas tan largas?”. El mundo es una pelota. “Para abrazarte mejor”, dijeron. Alguien mencionó un soneto: “Erase un hombre a un pene pegado”. Todos nos reímos cuando León pasó abotonándose la bragueta, y ahora tirado por los hilos del espanto y la pintura de payaso desleída. Nos hizo un perezoso adiós sin mirarnos. Todos nos reíamos. Eramos sabios.

Pero ese mismo espanto me revolvió en la cama cuando Renata dijo que le dijeron por la ventana y entre la lluvia que León se mató con una hojilla de afeitar. “Se cortó las venitas”, chilló pasito Renata, y me golpeó en el pecho hasta el cansancio. “Desgraciado”, me dijo. Le traje agua en un pocillo de loza. “Hijos de puta, miserables, ¿por qué?”. En el otro cuarto me solté como una piedra: derribé los estantes, desparramé los libros y pateé las sillas. “Miserable”, dije luego al que me esculcaba el rostro desde el espejo.

Verónica dibujaba conejos.

---

\*Escritor Colombiano ganador del premio del Cuarto Censo Nacional de Cuento de Pasto. Profesor de la Universidad de Pamplona.

—¿Cómo se hace un león? —dijo.

—Con bigotes —le dijimos.

Habían limpiado la espléndida sangre en el piso de la casa de la mansa tortuga, habían guardado las cobijas empapadas, habían escondido la hojilla y sus pinturas y los lápices con la punta recién sacada y los pinceles en agua, cuando llegamos, uno después de otro, ciegos y estúpidos, torpes. No nos miramos: habíamos perdido la inocencia. La noticia corría: nos perdimos entre los cuerpos. Y ya no más ni nunca más pequeños cuerpos.

Y ya no más ni nunca más pequeños dioses. Y mierda de nostalgia ahora, viendo llover, y una muchacha corría por la calle, pegada a la otra pared, con el canasto del pan. Oblicuamente llovió toda la mañana de ese sábado de memoria. Y hubo niebla en la tarde. Los árboles flotaban en la plazuela y la niebla era una telaraña de leche que nos atrapaba. Un perro se lamía la pata herida debajo del escaño mojado mientras un hombre en pantuflas barría el andén de su casa. Amé sus anteojos de carey, amé su bufanda gris deshilachada, amé su masedumbre de animal apaleado. Era una escoba triste. Un soldado se destornilló en su bicicleta junto a mis zapatos embarrados, se levantó y se limpió el pantalón sin mirarme, se trepó al aparato y siguió. Vi sus botas sangrientas. En la noche volvería a pasar, sin bicicleta, entre los otros. Pasarían tristes porque no encontraron sangre. Ya oscurecía. Capturé una pulga en la pantorrilla y la destripé entre las uñas pulgares, que luego limpié en la corteza del árbol que me sostenía. Ni un cigarrillo. Y oscurecía. Un loco, pálido y delgado el pobre loco, con la ruana de capa y un palito de espada, toreaba una vaca tierna y triste que no se tomaba la molestia de mirarlo. Los muchachos le ovacionaron las falsas y lánguidas verónicas. El loco estiró el cuerpo como una muchacha de plastilina rosada y sacó la cara hacia el sol en la caliente arena. Y la tinta se desparramaba en el algodón de la niebla. Lo vi descalzo en el parque alguna vez: perseguía una moneda que me encegueció bajo el sol, que giraba hasta apagarse, que moría, le hablaba y se reía, y la moneda se burlaba, como una muchacha de hermosas piernas.

—Bravo, matador.

Volvimos al bar: nos encontramos en la misma mesa y cada uno tomó la misma silla. Osiris, entre las cervezas, nos trajo una rosa y se fumó un cigarro en silencio, detrás de la silla vacía. Y apenas se alejó, con un frijol entre las nalgas, alguien lloró y nos miramos a la cara para saber y cada uno vio su propia vergüenza. O su pena. O su rabia. Lloré en silencio, poquito a poco, sin ruido ni mocos, como un ciego después de la lluvia, y regresé al cuerpo de Renata, que me esperaba mansamente, abierto como la tierra.